



UN ARQUITECTO CATALAN NEOCLASICO: JUAN SOLER

Por Adolfo Florenza, Arquitecto

En la segunda mitad del siglo XVIII, Cataluña, después de una larga postración, experimenta como un renacimiento, casi podría decirse una resurrección. Por una de esas paradojas que presenta a veces la historia de los pueblos, después de haber defendido con todas sus fuerzas en la Guerra de Sucesión la causa del archiduque Carlos de Austria, de haberla defendido incluso cuando el mismo archiduque y sus aliados la habían abandonado, teniendo que sucumbir sola ante el poder de Felipe V, apoyado por el de Francia, fueron dos monarcas de esa casa de Borbón, contra la que tan heroicamente había luchado—Fernando VI y Carlos III—, los que le dieron ocasión con su política para salir de la postración en que había caído y desarrollar ampliamente su genio y sus actividades. Mientras vivió Felipe V, como es natural, vió siempre en Cataluña el pueblo rebelde y duro que tanto le había costado sojuzgar, y la trató como país vencido, con régimen militar. Desarraigó por completo sus instituciones políticas, suprimió las antiguas universidades de Barcelona, Lérida y Gerona, que, de un modo incompleto, vino a sustituir la de Cervera, fundada entonces, y llegó hasta a prohibir «enseñar gramática y retórica en parte alguna de esta ciudad» (1), pues sólo los P. P. Jesuítas estaban autorizados para dichas enseñanzas.

Otra causa poderosa que, de momento, paralizó la actividad intelectual de Cataluña fué la introducción brusca y con carácter exclusivo del castellano, entonces generalmente igno-

rado, pues durante la época de los Austrias había seguido siendo el catalán de uso general. El intendente general del Ejército y del Principado, barón de la Linde, decía, aun en 1785, ser la ignorancia de letras tan grande, que muchas órdenes de la Superioridad quedaban sin cumplimiento porque, aunque en los pueblos se encontrase uno u otro que supiera leer, no entendían lo dispuesto.

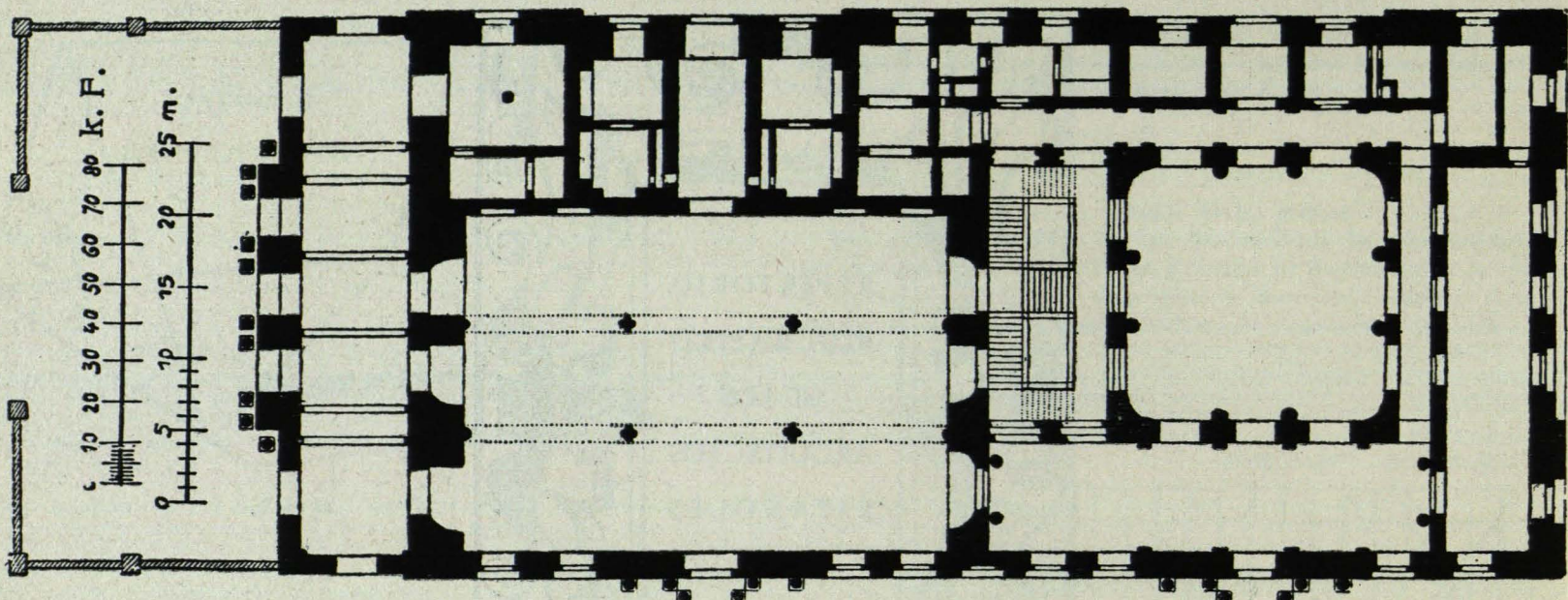
Las cosas mejoraron con la subida al trono de Fernando VI, el rey más pacífico y apacible que tuvo España, sucedido por su hermano Carlos III, impregnado del espíritu y las ideas del siglo XVIII, que si han sido y son censuradas con razón por algunos aspectos, hicieron dar a España en otros un gran paso adelante, y con su afán por desarrollar la riqueza y el progreso rimaban mejor con el fondo íntimo del pueblo catalán que la tiesura engolada y el quietismo que caracterizaron el Gobierno de los últimos Austrias.

Entonces se alzó el monopolio que tenía el puerto de Sevilla para el comercio con América, y esto creó un comercio activísimo entre el litoral catalán y aquellos territorios, servido por una marina entusiasta, con barcos construídos aquí mismo, comercio que se mantuvo hasta la pérdida, en 1898, de las últimas colonias americanas.

La industria textil, de larga tradición, se desarrolló rápidamente, sobre todo en la fabricación de *indianas*, tejidos de algodón estampados, que llegaron a ser, a finales de siglo, una fuente enorme de riqueza.

(1) Edicto del capitán general don Alberto Octavio, de 8 de marzo de 1715.

(1) BALARI Y JOVANY: *Historia de la Real Academia de Ciencias y Artes*. Barcelona, 1895.



Planta de la Lonja de Mar, de Barcelona. La conservación del salón gótico en el edificio neoclásico plantea unos problemas de eje y de simetría que el arquitecto resolvió con mucha habilidad.

Nada refleja mejor estas variaciones de vitalidad que los cambios que sufre la entidad que tiene la representación del comercio. El Consulado y Magistrado de la Lonja de Mar, de origen medieval muy antiguo, había recibido del rey Don Juan el derecho llamado de *periatge*, que era de dos dineros por libra de valor de los géneros que entraban por la Puerta del Mar. Estos fondos, muy importantes, sirvieron, entre otras cosas, para levantar la magnífica Lonja gótica en el mismo emplazamiento y con la misma extensión que la actual neoclásica. De ella sólo nos queda el gran salón, joya del gótico

civil, y, gracias a Serra Ráfols y F. P. Verdier, el nombre de su arquitecto, que fué Pere Arvei, al que se encuentra figurando como «maestro de la obra de la Lonja de los Mercaderes», de Barcelona, en la primera reunión de arquitectos convocada para resolver sobre la continuación de la catedral de Gerona, en 1386.

Al terminarse la Guerra de Sucesión, Felipe V, en su odio a las instituciones catalanas, suprime el Consulado de Mar y convierte la Lonja en cuartel, lo mismo que hizo con la catedral de Lérida, que sólo ahora, en 1947, ha sido des-

Lonja de Mar. Fachada a la plaza de Palacio.



Lonja de Mar. Fachada a la calle del Consulado. En su tiempo fué la principal.

ocupada por las tropas. Pero la Lonja tuvo más suerte, pues Fernando VI, en 1758, creó, por Real Cédula, un Cuerpo de Comerciantes Matriculados, un Consulado y la Junta Particular de Gobierno del Comercio, dependiente de la General de Madrid. Si en otras ciudades españolas estas creaciones borbónicas quedaron sólo con una pobre vida oficial, en Barcelona recogieron la tradición de las antiguas y tuvieron actividad fecunda y creadora, mucho más amplia que lo que su nombre podía dejar esperar, pues la Junta no sólo se ocupó del comercio, sino que estableció múltiples enseñanzas gratuitas, que llegaron a tener la importancia de una universidad, o mejor podríamos compararias a una gran Escuela Politécnica.

Naturalmente, la Junta, así que renació, buscó alojamiento en su casa tradicional—la Lonja—, donde tuvo que estar entre las tropas, mientras se hacían gestiones para recuperar definitivamente el edificio, que ya estaba ruinoso, por el abandono y a causa de los bombardeos del sitio de la ciudad. La disposición que creaba la Junta ya disponía la devolución, pero hasta 1770 no se obtuvo la entrega de las llaves; y aun así, para que la tropa desalojase el edificio tuvo la Junta que abonar 30.000 libras para la edificación del cuartel de Atarazanas, que ha sido derribado hace quince años (1), «Nihil novum».

Entonces se abre paso la idea de derribar el edificio viejo y sustituirlo por otro nuevo, pero con un criterio, poco común entonces, de respeto al antiguo, del que se conserva la pieza esencial, el gran salón, y se aprovechan todos los cimientos, de manera que, con un aspecto exterior totalmente distinto, parece que se da nueva vida al viejo organismo.

Esta iba a ser la gran obra de un gran arquitecto: Juan Soler.

* * *

Juan Soler y Faneca nace en Barcelona en 1731, y la primera vez que se encuentra su nombre unido al edificio de la Lonja de Mar, de Barcelona, es en 1764, en que, junto con Esteban Bosch, también arquitecto, y de dos «arquitectos carpinteros», por orden de Don Francisco de Clota, «estuvieron empleados en la Casa de la Lonja de Mar, para hacer un Plano Theorico, como antiguamente estaba; como assi mismo otros Planos Lineados, para demostrar la nueva Fábrica que se podría executar...». Estos planos no se conservaron y no debieron de ser más que una idea (se tardó treinta y tres días en cada uno); además, el hecho de haberse encargado colectivamente, y sobre todo la edad de Soler en aquel momento (treinta y tres años), teniendo en cuenta que el valor que se daba a la juventud y a

(1) CARLOS CID: «Problemas acerca de la construcción de la Casa Lonja de Barcelona», *Anales y Boletín de los Museos de Arte de Barcelona*, vol. V, 1 y 2, enero-junio 1947.

El gran salón de contratación de la Lonja gótica. Techo de madera sobre arcos en sillería.





Lonja de Mar. Patio principal. Admirable de armonía y proporciones.

la madurez en 1764 era muy distinto del de hoy día, hacen difícil de admitir que se tratase de un proyecto formal, con la circunstancia agravante de que la Junta no disponía todavía del edificio.

Hacia 1770 y 1771, aparecen planos de un Bartolomé Tami, francés, y de Pedro Branly, de la misma nacionalidad, con los que se empezó la obra; pero, en 1772, el intendente, don Felipe de Castaños, poco satisfecho de las ideas de los extranjeros, ordenó que se examinasen por otros arquitectos, entre ellos Soler, y consiguió un nuevo proyecto, «*que, presentando en las quatro fachadas y Atrio un hermoso y plausible objeto... conservando el apreciable monumento de la antigua (arquitectura) con que está constituido el Salón...*»

Según Cid (1), que ha hecho un estudio acabado de este asunto, lo fundamental debió de ser esto: que Branly hacía un edificio totalmente nuevo, y, en cambio, Soler se adaptó al antiguo, conservando no sólo el salón gótico, sino la disposición general de muros, patio y crujías, con lo que la obra resultaba mucho más económica. Esto le valió a Soler el encargo definitivo, y a nosotros la conservación de un magnífico monumento medieval, y además, una creación arquitectónica de

un gran valor, pues la arquitectura es el arte que más agradece los pies forzados, cuando caen en buenas manos.

Examinando la planta del edificio se echa de ver en seguida las dificultades que debió de presentar al arquitecto el conservar la planta de un edificio civil medieval, construido por sucesiva adición de elementos, sin ley general de composición, y darle, no obstante, en todos sus elementos, la simetría rigurosa, que, a finales del siglo XVIII, era condición indispensable. Esto es lo que expresa el intendente Castaños, en lenguaje típico de la época, al decir que el proyecto de Juan Soler presenta «*en las quatro fachadas y Atrio un hermoso y plausible objeto*», a la vista formado rigurosamente sobre las reglas de Arquitectura.

En los alzados, la arquitectura de la Lonja de Mar, de Barcelona, luce este mismo rigor y habilidad de composición, junto con una amplitud y serenidad que encajan perfectamente en las características que hemos ido viendo como invariantes o constantes de la arquitectura catalana. Tanto es así, que, exceptuando las temporadas en que por moda se ha abominado de todo lo clásico, no es raro escuchar a personas de gusto que ponen la Lonja a la cabeza de toda la arquitectura civil de Barcelona. Yo mismo, personalmente, soy un enamorado del edificio, y de un modo especialísimo de su patio.

(1) Obra citada.



Lonja de Mar. Escalera de Honor. Nótese la atrevida bóveda, de complicada estereotomía, traducción en piedra de las bóvedas tabicadas usuales en Cataluña.

Pero lo curioso es que la arquitectura de la Lonja tiene un acento francés inconfundible. Viendo los planos originales de Juan Soler y Faneca, que Carlos Cid ha tenido la suerte de encontrar y reproduce en su cita monografía, creería uno estar hojeando la obra monumental de Patte (1), en la que, entre otras cosas, están reproducidos todos los proyectos que se hicieron en París para una plaza en honor de Luis XV, de los cuales fué escogido el que había de resultar la actual magnífica plaza de la Concordia, de J. A. Gabriel.

No es que sea de extrañar una influencia francesa en la arquitectura barcelonesa del siglo XVIII, puesto que, tomada la plaza rebelde por Felipe V, mandó derruir, para asegurarla, el barrio de Ribera y construir allí una ciudadela, con arreglo a todos los adelantos poliorcéticos de la escuela de Vauban. El ingeniero que se encargó de ello, flamenco a juzgar por su nombre—Verboom—, o era a la vez un gran arquitecto o se hizo ayudar por tales; lo cierto es que los edificios de la ciudadela, de los que se conservan los que fueron arsenal, pa-

lacio del gobernador y capilla, son una delicia y de un Luis XIV majestuoso, pero empezado ya a dulcificar por un sabor a Regencia. Estos edificios formaron escuela en Barcelona, tanto entre arquitectos como entre los artífices de los distintos oficios, y durante todo el siglo XVIII se deja sentir su eco, asimilado por la gente de aquí, que da creaciones de tanto valor como San Miguel del Puerto o el palacio de la Virreina, por no citar más que dos ejemplos. Pero en la Lonja de Mar, salvo algunos detalles ornamentales, como las ménsulas que acompañan a las aberturas del piso principal, todo respira un clasicismo mayor, como recibido directamente de los maestros coetáneos, como el arquitecto de Luis XVI, que hemos citado. Por esto, es una lástima, como dice Cid, que se hayan perdido los planos que hicieron Tami y Branly, los dos arquitectos franceses, el último recién venido de Dunkerque, que fueron, quizá, los que trajeron la orientación nueva, adaptándose a ella en sus segundos y definitivos planos Juan Soler.

Esta hipótesis no tiende a desmerecer en lo más mínimo a este arquitecto. Nuestro arte no es individual, sino social, y

(1) PATTE: *Monumens érigés en France a la Gloire de Luis XV*. París, 1765.

el procurar moverse dentro de las tendencias de la época es un mérito, mientras se haga bien. Y en esto no caben atenuantes. Juan Soler era un gran arquitecto. Hemos dicho que su arquitectura recuerda los proyectos publicados por Patte; pero hay que decir que, en general, les es superior, salvando algunos grandes nombres, como Gabriel, con su plaza de la Concordia, y Héré de Corny, con el conjunto de plazas de Nancy, tan conocidas. Si pasamos a la habilidad técnica, la serie de problemas de construcción y estereotomía en piedra que Soler se plantea, muchas veces por gusto, y resuelve como un verdadero maestro, dejan ver también que era un hombre realmente dueño de su oficio, no un pedante como tantos había en su época.

Carlos Cid encuentra en este edificio mucho aire barroco. A pesar de su gran autoridad, no creamos que sea tanto. La gran escalera presenta, en verdad, superficies de generación complicadísima, pero no las estimamos hijas de una influencia barroca, sino de algo mucho más sencillo; Soler, maravilloso constructor en piedra, quiso realizar en este material y en dimensiones monumentales, lo que veía hacer todos los días a los albañiles: unas bóvedas tabicadas de escalera. Otro sín-

toma de barroquismo que encuentra el prestigioso erudito, la alternancia de frontones rectos y curvos, la había empleado en Barcelona, en el siglo XVI, Pere Blay, en la Diputación, y en Italia, Sangallo, en el palacio Farnese, y Rafael, en el Pandolfini, de Florencia, antes de cualquier barroquismo. Por otra parte, se encuentra ya en el Panteón romano.

Soler trabajó en la Lonja de Mar, durante treinta años, hasta su muerte, ocurrida en 20 de enero de 1794. El edificio estaba adelantado, pero faltaba aún el pórtico o vestíbulo de la plaza de Palacio, que construyó su hijo, Tomás Soler, y que se ha discutido muchas veces si quita armonía a la fachada. Salvo las consideraciones de uso interior, creemos que la composición del edificio hubiera ganado mucho si el pórtico hubiera existido, pero con un saliente mucho menor, de la mitad o menos.

No se conocen otras obras seguras de Juan Soler. Consta que intervino en trabajos de construcción de un muelle y en los del Canal de Urgel, es decir, trabajos de ingeniería, para los que estaba, sin duda, capacitado por su gran competencia técnica. Cosa curiosa: también en esto fué precedido por el francés Pedro Branly.



Retrato de un arquitecto existente en la Escuela de Arquitectura de Barcelona, que se tiene fundadamente por el de Juan Soler y Faneca.